

CONTINUACIÓN DE LA I^a SESIÓN DE PRÓRROGA EL 11 DE OCTUBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR BENITO VILLANUEVA

SUMARIO:—Asuntos entrados.—Se concede licencia para faltar á diez sesiones al señor diputado Falcón.—Se designa la comisión que ha de representar á la honorable cámara en el centenario del general Urquiza.—Termina la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balestra, Barraza, Barroetaveña, Belderrain, Benedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Calderón, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Casares, Carreño, Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Demaría, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Ferreyra, Fonrouge, Gálvez, García, Garzón, Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gouchon, Helguera, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Lagos, Lartigueau, Lassaga, Leguizamón, Loureiro, Machado, Moreno, Olivera, Outes, Palacio, Panelo, Parera (F. M.), Peña, Pérez, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torres (R.), Torres (R. F.), Torino, Ugarriza, Vedia, Videla, Villanueva, Vivanco (P.), Yofre.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Godoy (E.), Olmos, Varela Ortiz, Zavalla.

CON AVISO

Balaguer, Barraquero, Bores, Dantas, Leiva, Pareira (R.), Quintana.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Bruchmann, Carhó, Castellanos (A.), Castellanos (J.), Gigena, Gómez (M.), Hernández, Laterrère, Loveyra, Luro, Martínez, Santamarina, Sarmiento, Ugarte, Usandivaras, Vivanco (R.)

—En Buenos Aires, á 11 de octubre de 1901, reunidos en su sala de

sesiones los señores diputados arriba anotados, presente el señor ministro de la guerra coronel Pablo Riccheri, el señor presidente declara reabierto la sesión, siendo las 4 p. m.

ASUNTOS ENTRADOS

PETICIONES PARTICULARES

—W. J. Corrales y C.^a piden el pronto despacho de su propuesta sobre construcción de una línea férrea de Resistencia á la frontera de Bolivia, que ha sido incluida en el decreto de prórroga.—(A sus antecedentes.)

LICENCIA

Buenos Aires, octubre 11 de 1901.

Al señor presidente de la honorable cámara de diputados de la nación.

Teniendo necesidad de ausentarme del territorio de la capital, ruego al señor presidente quiera recabar de la honorable cámara me conceda permiso para faltar á diez sesiones.

Dios guarde al señor presidente.

Ramón L. Falcón.

Sr. Presidente—Como es de práctica, se tratará sobre tablas.

—Se concede la licencia solicitada, con goce de dieta.

CENTENARIO DEL GENERAL URQUIZA

Sr. Presidente—Se va á dar cuenta de la comisión nombrada para asistir á las fiestas del centenario del general Urquiza.

—Se lee:

Capital.....	Señor Benito Carrasco.
Buenos Aires.....	» José Fonrouge.
Salta.....	» Damián Torino.
Córdoba.....	» Julio Astrada.
Mendoza.....	» Matías E. Codoy.
San Luis.....	» Adeodato Berrondo.
San Juan.....	» Carlos Echegaray.
Rioja.....	» Leonidas Carreño.
Santiago del Estero.	» Maximio Ruiz.
Santa Fe.....	» Gregorio Romero.
Tucumán.....	» Alberto de Soldati.
Entre Ríos.....	» Pedro J. Coronado.
Corrientes.....	» Manuel I. Reyna.
Catamarca.....	» Guillermo Leguizamón.
Jujuy.....	» Armando J. Claros.

ORDEN DEL DÍA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Se va á pasar á la orden del día.

Quedó pendiente la sanción del artículo 8º, del proyecto sobre reorganización militar.

Sr. Ugarriza—Pido la palabra.

Desearía saber si se va á votar el artículo 8º tal como está en la orden del día, ó con el agregado que se propuso.

Sr. Presidente—Con el agregado que ha sido aceptado por la comisión.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

A fin de ganar tiempo, no porque haya sido convencido por los argumentos que han hecho los señores diputados, voy á retirar las ampliaciones del artículo que había propuesto, dejándolo tal cual venía redactado en el proyecto.

En esa forma queda el artículo absolutamente amplio, porque se refiere á todo acto electoral, sin distinguir si es nacional ó provincial.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

Pediría que se votara con el agregado: *acto electoral nacional*, porque no es posible que la reconcentración pueda hacerse consultando las leyes electorales de cinco provincias, de que probablemente constará cada una de las circunscripciones militares; mientras en una provincia hubiera acto electoral, no podría hacerse la convocatoria; luego sería otra que se encontraría en esa condición y así sucesivamente; y la auto-

ridad nacional quedaría privada del ejercicio de esta suprema facultad.

Creo que la ley debe referirse á los actos electorales de carácter nacional.

En la práctica, el poder ejecutivo procederá de la manera que sea menos perjudicial al régimen electoral de cada provincia.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Como está fijada la sesión del lunes próximo para tratar la cuestión municipal, y creo que si hoy no terminamos con la sanción de esta ley corre el peligro de no ser sancionada en el senado durante este período, demorando por lo tanto hasta el año que viene, la comisión está dispuesta á aceptar cualquier modificación que reúna la mayoría de opiniones de los señores diputados.

Me parece que á efecto de evitar una larga discusión sobre este punto, lo que convendría sería votar el artículo por partes; primero como lo propone la comisión y después con las ampliaciones que propongan los señores diputados.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

El poder ejecutivo acepta la modificación que propone el señor diputado por la capital, es decir, que se agregue después de las palabras «de un acto electoral», estas otras: *de carácter nacional*.

Sr. Ugarriza—Pido la palabra.

Yo me opondré al agregado «de carácter nacional».

Creo que es precisamente un punto fundamental que debemos salvar, ante todo, esta institución de gobierno de donde surgen todas las autoridades. Tan respetables son las elecciones nacionales como las provinciales, porque ellas son la base de la formación de los gobiernos.

De manera que este artículo, tal como está, no puede entenderse de otro modo que respetando las elecciones provinciales, porque comprende á todas.

Resultará, en caso contrario, que si la organización militar va á ceder solamente á las elecciones nacionales, quedará completamente destruido el sistema electoral en las provincias.

En primer lugar, no pueden suprimirse los tiempos y acomodar las elecciones provinciales á esta organización, porque ellas dependen de las necesidades de cada provincia, y sus constituciones autorizadas y reconocidas por la nación son leyes fundamentales que garantizan el principio republicano erigido

por la constitución como base de los gobiernos nacional y provincial.

No habría inconveniente en que el gobierno nacional no convocase á las unidades de tal ó cual sección, cuando en ella se estuviese en momentos de una elección provincial; pero el principio electoral subordinado á la organización militar, me parece que sería realmente una cosa inconcebible.

Bajo este concepto, más bien pediría yo que se agregase: de carácter nacional ó provincial.

Pero, ya digo, votaría el artículo también como está.

Sr. Ministro de la guerra—Hago presente que si no está la palabra nacional, ha sido por un olvido. Mi espíritu ha sido que sea de carácter nacional.

—Se vota el artículo, tal como ha sido despachado, y resulta afirmativa.

—Se vota el agregado: de carácter nacional, y resulta negativa contra 24 votos.

—En discusión el artículo 19.

Sr. Ministro de la guerra—Hay un error en el artículo. Donde dice: batallones, hay que poner compañías.

—Se da por aprobado el artículo con la corrección indicada, así como los artículos 20 al 23 inclusive.

—En discusión el artículo 24 del título IV, Guardia nacional.

Sr. Ministro de la guerra—Es necesario hacer una corrección: debe decir doce en lugar de nueve, que es una consecuencia de la modificación que se hizo en el artículo 2.º al establecer que el servicio se hará desde los 20 hasta los 45 años.

Sr. Secretario Sorondo—Y en vez de 36, 40 años.

Sr. Ministro de la guerra—Sí, señor.

Sr. Demaría—Como hay varios artículos en los que es necesario hacer la misma modificación de acuerdo con esa resolución de la cámara, la secretaría podría tomar nota y hacer la corrección en todos.

Sr. Ministro de la guerra—He dado al señor secretario un ejemplar de la ley con todas esas correcciones y cinco nuevos artículos, uno después del 74, otro después del 97 y tres agregados á las disposiciones transitorias, los que son necesarios para completar las nuevas clases y garantizar los beneficios que les acuerda la presente ley, así como para liquidar con los últimos bajo con-

diciones equitativas las actuales clases del ejército. Así es que se pueden leer con las modificaciones.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento por parte de la cámara, así se hará. Queda aprobado el artículo 24.

—Se dan por aprobados los artículos 25 al 30 inclusive.

—En discusión el artículo 31.

Sr. Secretario Sorondo—Aquí hay que hacer la misma corrección: doce en vez de nueve, y cuatro en vez de tres períodos.

—Se dan por aprobados los artículo 31 al 33 inclusive.

—En discusión el artículo 34.

Sr. Secretario Sorondo—En el inciso 3.º hay que hacer la misma corrección: 40 años en vez de 36 y 45 en vez de 41.

—Se aprueban los artículos 34 á 36 inclusive.

—En discusión el artículo 37.

Sr. Secretario Sorondo—En el inciso 2.º hay que poner, en vez de 37, 40 años y en vez de 36 y 41, 40 y 45.

—Se aprueba el artículo en discusión y los siguientes hasta el 40 inclusive.

—En discusión el artículo 41.

Sr. Secretario Sorondo—Aquí hay que corregir 40 en vez de 37.

—Se da por aprobado dicho artículo, así como los siguientes hasta el 45 inclusive.

—En discusión el 46

Sr. Santa Coloma—Pido la palabra.

Voy á proponer el agregado de un inciso en este artículo, que creo conveniente porque tiende á salvar un olvido.

Sería el siguiente: Los jefes y oficiales actuales de la guardia nacional que tengan mando activo, de tres años para jefes, y uno por lo menos para oficiales, y hayan cursado y sido aprobados en las academias militares de acuerdo con la ley 3318 reglamentada por decreto de 28 de enero de 1896; que hayan prestado servicio en campaña ó en alguna movilización y tengan de ellos buen concepto sus superiores.

Por el proyecto que discutimos los jefes actuales de la guardia nacional no pueden formar parte del ejército de reserva sino hasta el grado de mayor.

La ley número 3318 ordenaba que los

jefes y oficiales de la guardia nacional debían concurrir á las academias que serían reglamentadas por el poder ejecutivo; y así se hizo.

Dictada la reglamentación respectiva con referencia á las academias, señalando el plan de estudios á que debían sujetarse, nombrados los más distinguidos jefes del ejército de línea para dictar las clases, éstas se abrieron y concurrieron á ellas todos los jefes y oficiales de la guardia nacional de aquella época. El gobierno nacional dictó un decreto confirmando en sus grados y ratificando en sus puestos á aquellos jefes y oficiales que fueron aprobados en los exámenes.

No habría, pues, razón ninguna, para que estos jefes y oficiales que tienen ya acreditada su competencia, que han estado algunos de ellos hasta diez años con mando de fuerza, se encuentren hoy en la situación de tener que rebajar su grado para poder servir en el cuerpo de ejército de la reserva. Y no hay que olvidar, señor presidente, que la guardia nacional en aquella época concurrió á sus puestos con mucho patriotismo y en un momento de posible peligro.

Podría indudablemente argüirse que se les ha señalado por este proyecto á dichos jefes y oficiales un puesto en la guardia nacional; pero si se tiene presente que la guardia nacional que tenemos actualmente pasa toda á formar el ejército de reserva, se ve que se viene á dejar, sin razón, á estos jefes en condición inferior á la en que estaban.

Por otra parte, estos jefes no costarán absolutamente nada al erario, y como, á mi juicio, no habrá mañana en el ejército de línea jefes suficientes para los 120.000 hombres que van á formar el ejército de reserva, habría justicia y conveniencia en dejarlos en sus puestos, sobre todo cuando, como he dicho, estos jefes y oficiales han dado prueba de su buena voluntad y de una constancia ejemplar en su asistencia á las academias á que me he referido.

Esta pequeña observación es la que me ha movido á proponer este inciso á la cámara, aunque, habiéndole pedido al señor ministro su opinión al respecto en antesalas, no lo ha encontrado aceptable.

En fin, someto de todas maneras el inciso á la consideración de la cámara, porque lo creo justo y conveniente.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Me veo en la necesidad de pedir que se mantenga el artículo tal cual ha sido despachado por la comisión.

¿Por qué? Porque no hay ni justicia ni conveniencia en aceptar la modificación que propone el señor diputado.

Observaré, en primer lugar, del punto de vista del derecho, que nosotros los actuales jefes y oficiales de la guardia nacional hemos obtenido nuestro diploma, en unos casos, á título personal, por un mero nombramiento, sin haber acreditado competencia de ninguna naturaleza...

Sr. Santa Coloma—No me he referido á esos; yo propongo que seah incluidos los que con arreglo á la ley que he mencionado, han concurrido á las academias y han sido aprobados. De manera que no están comprendidos los que el señor diputado indica.

Sr. Demaría—Yo quiero comprender á todos.

Sr. Santa Coloma—Yo no.

Sr. Demaría—Me permito insistir en lo que decía: unos hemos obtenido el nombramiento en la forma á que me he referido; otros, lo hemos obtenido rindiendo examen después de haber seguido, con bastantes deficiencias, academias en su mayor parte casi absolutamente estériles.

Quiero hacer una excepción, porque conozco un poco la antigua organización de la guardia nacional, para los jefes y oficiales de artillería de la guardia nacional que realmente serían los únicos que, si bien no tendrían derecho para ser incorporados á la reserva, podrían invocar una razón de equidad, porque rindieron examen en severísimos concursos y acreditando verdadera competencia, después de años de estudio. Todos los demás no están en esas condiciones. Hubo un examen absolutamente benévolo y en realidad más de forma que otra cosa. Se les deja en sus puestos en la guardia nacional; pero cuando se trata de crear un cuerpo de jefes y oficiales de la reserva, que serán los que tendrán que completar con el cuadro de los de línea el cuerpo de jefes y oficiales de combate para el caso de que el país los necesite, no es posible dar entrada á esta nueva jerarquía, á esta nueva categoría, que hoy se trata de crear, sino á personas que hayan acreditado todos los conocimientos teóricos, todos los conocimientos prácticos y condiciones de mando necesarias para desempeñar sus fun-

ciones con corrección y utilidad en el combate. De ahí que los despachos de la guardia nacional podrían establecer un precedente favorable para ser admitido en la reserva; pero reputo indispensable, si queremos formar con seriedad el cuadro de jefes y oficiales de la reserva, exigir un examen teórico y sobre todo práctico á los que aspiran á ingresar en esa categoría.

Y precisamente porque en los puestos de jefes y oficiales de la reserva no es posible dar retribuciones pecuniarias, porque no habría presupuesto que alcanzara, es necesario dignificarlos, levantarlos, para que sepa que cuando un hombre va vestido de jefe ú oficial de la reserva, ese es un hombre que ha obtenido su título acreditando competencia, y no que lo ha obtenido en las condiciones fáciles en que se ha acordado á los actuales jefes y oficiales de la guardia nacional.

Si no rodeamos de estos prestigios morales los grados de jefes y oficiales de la reserva, no podremos formarlos en las condiciones que el país los necesita; y si no establecemos esta diferencia entre los jefes y oficiales de la reserva con los de la guardia nacional que han obtenido su nombramiento por razón de favoritismo, por razón de vinculaciones personales ó por cualquiera de los otros medios que todos conocemos, en virtud de los cuales se han distribuido estos cargos á granel; si no se hace ninguna diferencia, se les va á quitar todo estímulo á los que quieren estudiar y prepararse para estar á la altura de las funciones que han de desempeñar. Porque si á un oficial de la reserva que ha seguido cursos teóricos y prácticos y que ha acreditado su competencia en el campo de maniobras mandando allí un batallón ó una compañía y resolviendo problemas tácticos de combate, si á ese hombre que se dedica con su empeño á los asuntos militares le ponemos en las mismas condiciones de los actuales jefes ú oficiales de la guardia nacional que han obtenido sus grados en concursos muy fáciles de pasar, no habrá estímulo alguno para la dedicación y el estudio.

Por estas razones, que me parecen ilevantables, me opongo al agregado propuesto por el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Quiero agregar dos palabras á las

razones que acaba de dar el señor diputado por Buenos Aires para demostrar lo infundado del temor manifestado por el señor diputado Santa Coloma, de que no vamos á tener en el ejército de línea el número de jefes y oficiales suficiente para poder mandar nuestros regimientos y batallones, lo que nos obligaría á llamar á los jefes y oficiales de la guardia nacional, á quienes él desearía poder mantenerles el puesto que tienen actualmente.

Eso, señor, no sucederá, porque en el ejército de línea tenemos en este momento mucho mayor número de jefes que los que necesitaríamos para un ejército organizado con ciento veinte mil hombres; y en efecto, el año próximo, porque en el actual ya no hay tiempo, el poder ejecutivo se propone presentar un proyecto de ley cerrando el escalafón en todos los grados; y entonces bastará para ese ejército con el número de generales que marca actualmente la ley, no habrá necesidad de aumentarlos; 48 ó 50 coroneles bastarán igualmente, en vez de 87 que hoy figuran en las listas, y sólo 125 á 130 tenientes coroneles, en vez de los 300 que tenemos también en las listas. Por consiguiente, no veo la necesidad de mantener en este caso coroneles y tenientes coroneles de guardia nacional para el ejército de línea.

Ahora, para la segunda parte del ejército nacional, que será constituida por la guardia nacional, la situación cambia; para ella mantendremos, como es natural, el grado de teniente coronel y de coronel de guardia nacional; pero para el ejército de línea, no es necesario.

Sr. Santa Coloma—Pido la palabra.

La guardia nacional, según el proyecto del poder ejecutivo, se reunirá una vez cada tres años, durante quince días, y hay muchos jefes de línea que podrían servir para ese caso.

Pero sucedé que existe una ley acordando grados á los guardias nacionales que dieran exámenes satisfactorios, con arreglo á un programa bastante riguroso establecido por el ministerio de la guerra durante la jefatura del estado mayor del general Capdevila; y los jefes y oficiales que han rendido esos exámenes y que en el momento del peligro fueron los que estuvieron listos para marchar á campaña, quedarían excluidos por esta ley.

Lo que he pedido, no se refiere en

manera alguna á todos esos jefes y oficiales que, como ha dicho el señor diputado Demaría, han abandonado sus puestos, sino á aquellos que de acuerdo con una ley han concurrido á las academias y han rendido exámenes, mediante los cuales han sido ratificados en sus puestos. Entonces, hay una razón de justicia para conservar á estos jefes y oficiales, que han concurrido en el momento oportuno; y si con esto nada se adelantará, no será más lo que el señor ministro conseguirá con lo que propone, porque los elementos que él recluta, según el artículo 48, para formar los jefes y oficiales de la reserva, no tendrán mayores aptitudes que los que han rendido exámenes, en los cuales han sido aprobados, á los que hoy se les envía á la guardia nacional que es como la territorial en la ley actual.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Voy á agregar solamente dos.

Si el número de jefes y oficiales de la reserva que el poder ejecutivo recluta por los exámenes severos y serios, teóricos y prácticos, que se propone establecer, es bastante para las necesidades de la misma reserva, no habría sino inconvenientes en lo que propone el señor diputado, porque nadie se tomaría el trabajo de sufrir seis ú ocho meses de incomodidades y molestias, de asistir á academias...

Sr. Santa Coloma—Asistieron el año 98.

Sr. Demaría—[Si todos estuvimos en esas academias y sabemos cómo fueron!

Este es un punto que no quería tocar; pero ya que el señor diputado me obliga á ello, diré que habiendo asistido á esas academias, y creyendo estar en perfectas condiciones para darme cuenta de la instrucción que se daba en ellas, no tengo inconveniente ninguno en afirmar que si entre los jefes y oficiales salidos de ellas se encuentran algunos que tengan hoy aptitudes y preparación, será porque habría en ellos un verdadero exceso de calidades personales, ó porque habrán estudiado privadamente. Pero como resultado colectivo de esas academias, muy poco pudo obtenerse.

Sr. Santa Coloma—Pero en esa época y ante un peligro internacional, fueron útiles.

Sr. Demaría—Como fué útil, en su tiempo, el fusil de chispa, siendo hoy indispensable el mauser.

Continúo, señor presidente. No es por

mala voluntad hacia la guardia nacional; he formado en ella desde la edad requerida y nadie puede tener por ella más cariño que yo; pero porque conozco sus deficiencias, deseo que se corrijan.

Si no fuera parte esencial de esta ley el completar los cuadros de jefes y oficiales de la reserva, que calcula el ejecutivo le serán necesarios, podría entonces emplearse á los oficiales de la guardia nacional, que serían en todo caso llamados accidentalmente hasta que se completaran aquellos cuadros.

Por otra parte, si esos jefes y oficiales saben, si tienen preparación, si han hecho grandes estudios, como cree el señor diputado, ¿qué inconveniente pueden tener en someterse á un nuevo examen? Sería, por el contrario, honroso para ellos pasar por esta segunda prueba.

Sr. Santa Coloma—Cuando al frente del estado mayor se encontraba el general Capdevila, dirigían las academias los más distinguidos jefes del ejército.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Deseo manifestar que este artículo es fundamental y que de modificarlo cambiaría la ley por completo.

Esta ley es una ley nueva, que reforma por completo aquella á que se ha referido el señor diputado Santa Coloma.

Por consiguiente, es muy justo que, si se modifica fundamentalmente aquella, se corrija lo que se refiere á una de las partes fundamentales de la organización militar, cual es el reclutamiento de los jefes y oficiales de la reserva.

De ahí la creación que hacemos de oficiales de reserva con la basta instrucción teórico-práctica que se les va á exigir y que no tienen los jefes y oficiales á que se refiere el señor diputado, porque no se les había exigido ni había entonces cómo adquirirla.

Por lo tanto, sostengo que el artículo es completamente fundamental y ruego á la honorable cámara quiera votarlo como está.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

Desearía saber del señor ministro, si á los jefes y oficiales de la guardia nacional que han sido confirmados en sus empleos se les va á conservar en sus grados.

Sr. Ministro de la guerra—La ley dice que los nuevos oficiales de reserva que se crean tendrán despachos

firmados por el presidente de la República.

Sr. Santa Coloma—Los jefes y oficiales de la guardia nacional, los que han estudiado en las academias, fueron confirmados en sus grados, y sus despachos están firmados por el presidente doctor Sáenz Peña y el ministro de la guerra general Campos.

Sr. Gouchon—Entonces, si los jefes y oficiales de la guardia nacional han sido confirmados y conservan sus grados, es natural que esta ley no debe quitarles un estado que han adquirido.

Sr. Ministro de la guerra—Me permite...

Los jefes y oficiales de la guardia nacional no tienen estado militar. Por eso es que por esta ley se los crea, por primera vez, á los jefes y oficiales de la reserva.

Por consiguiente, el poder ejecutivo en cualquier tiempo tiene derecho de hacerles perder á aquellos el grado.

Sr. Gouchon—El decreto reglamentario de la ley número 3318 dispone:

«Terminado el período de instrucción en la primera semana de junio, los profesores de las secciones, constituidos en cuerpo bajo la presidencia del director, procederán al examen de los alumnos. Todo jefe ú oficial que resulte aprobado, recibirá de la dirección un certificado de competencia, en el que consten las clasificaciones que ha merecido en cada ramo. Fundándose en ella, el director de la academia pedirá á la superioridad la confirmación del actual empleo del jefe ú oficial aprobado, circunstancia que se hará constar en el despacho que se le entregue ó en el que ya posea.»

Bien, los jefes y oficiales que han rendido estas pruebas, á quienes el poder ejecutivo, á solicitud de la autoridad respectiva, ha conferido el grado correspondiente, me parece que serían objeto de una injusticia si se les quitara ese grado.

El poder ejecutivo no está precisamente obligado á emplear estos jefes y oficiales, si no los cree preparados, porque queda siempre á su discreción. Pero quitarles el grado que han obtenido haciendo fe á una ley, creyendo realmente en esta promesa que el estado les ha hecho, es algo que pocas veces sucede en las demás naciones.

Se puede haber cometido un error, se puede reformar para el futuro; pero lo que ha creado un derecho no se puede tocar.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Desde luego, los oficiales de la reserva, como la ley dice, son oficiales de línea; los oficiales que eran de guardia nacional quedan como tales.

Hacer una modificación favorable para los oficiales de la guardia nacional de la capital y de los territorios nacionales, importaría hacerla para todos los oficiales nombrados por los gobernadores de provincia.

Sr. Santa Coloma—No han estado en las academias.

Sr. Ministro de la guerra—La ley las creaba en las provincias, y no se han formado.

Estamos discutiendo una cuestión que está completamente fuera del proyecto: los jefes y oficiales de la reserva, de esta ley, no tienen que ver nada con los jefes y oficiales de guardia nacional, y lamento que el señor diputado por la capital no lo haya notado.

De los jefes y oficiales de guardia nacional se habla después en este proyecto, y se deja que los nombren los gobernadores de provincia, como establece la constitución: lo contrario sería violar la constitución, cosa que naturalmente no queremos hacer.

Repito: la proposición del señor diputado por la capital está fuera de lugar.

El ejército de línea está constituido por los ciudadanos de veinte á veintiocho años, y para esos el poder ejecutivo nombrará los oficiales. El poder ejecutivo no tiene derecho para nombrar oficiales de guardia nacional en las provincias y por eso les conserva ese derecho el proyecto de ley que se discute.

Sr. Santa Coloma—Toda la guardia nacional pasa á ser ejército de reserva, y los únicos que no pasan son los jefes y oficiales. Ciento treinta mil hombres componen la guardia nacional, y esos son los que van á formar el ejército. A lo que se da el nombre de guardia nacional es lo que se llamaba guardia territorial en las leyes anteriores.

De manera que lo que se hace es rebajar á los jefes y oficiales de la guardia nacional, pasándolos á esa categoría.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Aunque deseo que se vote pronto, hay algo que no puedo dejar de contestar.

Tal vez sea una razón de inmodestia la que me hace combatir este agregado.

Yo he formado en la guardia nacio-

nal desde que he tenido la edad para ello. He estado en una enorme cantidad de academias, he estado en movilizaciones, he estudiado como creo que han estudiado muy pocos, manejo admirablemente un batallón en la plaza, en un desfile ó en una parada,—pocos jefes de línea lo mandarán mejor que yo,—y sin embargo, señor presidente, creo que si me dan á resolver sobre el terreno el menor problema de táctica de combate, no digo de batallón, de compañía ó de sección, me quedaré mirando sin saber que hacer. Habrá algunos que no se encuentran en este caso, que estén en condiciones de resolver sobre el terreno; pero yo declaro que no los conozco.

Todos los oficiales de guardia nacional mandamos perfectamente en plazas, en revistas, en desfiles; pero no tenemos idea de cómo se maneja la tropa en el combate, y esto es necesario que lo adquiramos en la instrucción práctica.

Por otra parte, este proyecto ley es en un todo orgánico: la creación de la institución de las reservas exige como complemento indispensable, y tal vez como base, la creación de jefes y oficiales de reserva, en las condiciones de seriedad en que el poder ejecutivo pretende hacerlo ahora. De manera que modificar este artículo y dar entrada á los jefes y oficiales de la guardia nacional, es exponerse á hacer fracasar el funcionamiento de toda.

Sr. Santa Coloma—Es cumplir las resoluciones del congreso.

Sr. Presidente—Como la primera parte del artículo no ha sido observada, se dará por aprobada.

Se votará el nuevo inciso propuesto por el señor diputado por la capital.

—Se vota y es rechazado.

—Se aprueban los artículos 47 al 62 inclusive.

—En discusión el 63.

Sr. Torino—Pido la palabra.

Es para hacer una sencillísima observación á este artículo, que no dudo ha de ser tomada en cuenta por la comisión.

Propongo que en vez de la palabra *empleo*, se ponga la palabra *grado*.

Esta substitución tiene su importancia, porque por la prensa en diversas ocasiones se ha discutido si el grado militar es un empleo, un estado, ó una propiedad adquirida, y se ha llegado á la conclusión de que el grado militar es un estado, ó una propiedad adquirida por los que lo tienen.

Con diversos motivos de incapacidad legal, se han producido consultas sobre este punto, y creo que en las mismas cámaras también se ha discutido la cuestión, resolviéndose que el grado militar no es un empleo, sino que es un estado, una propiedad adquirida. Y para no hacer revivir esa cuestión, es que propongo que en vez de la palabra *empleo*, que figura en el artículo, en la parte que dice: «para ascender de un *empleo* á otro en la reserva del ejército de línea», se ponga: «para ascender de un *grado* á otro». El militar de la reserva es militar del ejército de línea, y por consiguiente, los grados de estos no son empleos.

Es la proposición que quería hacer.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

El sentido de la palabra es el mismo, y por consiguiente no me opongo á que se haga la modificación, creyendo, sin embargo, que más apropiada es la que indica el señor diputado por Salta. Pero como se encuentra en la ley de ascensos la palabra *empleo*, por eso la he usado en este proyecto.

Sr. Torino—Vuelvo á observar al señor ministro que esta cuestión se ha producido con muchísima frecuencia.

Sr. Presidente—Queda aprobado el artículo con la modificación propuesta.

—Se dan por aprobados los artículos 64 y 65.

—En discusión el 66.

Sr. Secretario Sorondo—Hay aquí algunas modificaciones.

Donde dice: «que haya servido como tal un año», debe decir: «seis meses, por lo menos»; y en el inciso tercero, donde dice: «que haya servido dos años», debe decir: «un año».

—Se aprueba el artículo en esta forma, como también el 67, el 68 y el 69.

—En discusión el 70.

Sr. Secretario Sorondo—En este artículo hay un párrafo nuevo, entre el primero y el segundo, que dice:

«Si el individuo incorporado á la escuela de clases perteneciese á los conscriptos de dos años, en caso de rendir satisfactoriamente las pruebas de egreso queda de hecho dispensado de completar el tiempo de servicio que como conscripto pudiera faltarle.»

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Es solamente para aclarar el sentido

de este párrafo que se ha agregado al artículo en discusión.

Entre los conscriptos que aspiren á ingresar en la escuela de clases, puede haber uno ó muchos á quienes les haya tocado el servicio de dos años. Como sólo pueden aspirar á ingresar en dicha escuela después de cuatro meses, y suponiendo que fuera á los seis meses que aquéllos solicitaran el ingreso, y como la escuela de clases no durará probablemente más de diez meses durante el primer período de su instalación, resultará que á estos individuos les faltarán todavía para completar el servicio de dos años seis ú ocho meses.

Ahora bien; como ellos han de recibir al egresar de la escuela de clases el grado de cabos segundos, sería inadmisibles que volvieran al ejército á concluir el período de conscriptos siendo cabos segundos.

A esto responde el agregado.

—Se aprueba el artículo en esta forma.

—En discusión el artículo 71.

Sr. Ministro de la guerra—Hay una pequeña modificación en este artículo.

Sr. Secretario Sorondo—«Cinco años» en vez de cuatro, y «quince» en vez de catorce.

—Se aprueba en esta forma, como también los artículos 72 y 73.

—En discusión el 74.

Sr. Secretario Sorondo—También en este artículo hay una reforma.

Donde dice: «en el ejército de línea», debe decir: «en el ejército permanente»; y después de donde dice: «planas mayores de las unidades», debe decir: «de los cuerpos».

Hay además un artículo nuevo, después del 74, que dice así:

«Art. 74 bis. Para completar el número de clases necesarias á las unidades del ejército permanente, el ministro de la guerra puede acordar el ascenso á la categoría de cabo 2.º á los conscriptos de dos años, después de terminado su primer año de permanencia en las filas, y siempre que satisfagan á las condiciones del examen teórico práctico que será fijado para ellos por el poder ejecutivo. Dichos cabos 2.ºs pueden ser ascendidos á cabos 1.ºs, siempre que reúnan las condiciones establecidas en el § 2 del artículo 66. Estos cabos 1.ºs y 2.ºs gozarán del sueldo fijado por el presupuesto para su jerarquía, y del sobre-

suelo establecido en el artículo 94 para los conscriptos de dos años; pero no de los sobresueldos ni retiros establecidos en el título X para las clases profesionales egresadas de la escuela de clases.»

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento por parte de la cámara, se tratará sobre tablas este nuevo artículo.

—No haciéndose observación, se da por aprobado el artículo 74 y el 74 bis.

Sr. Lacasa—Pido la palabra.

Para hacer una indicación.

Como muchas de los artículos que siguen no serán observados, podría votarse por títulos.

—Apoyada esta indicación, se vota y es aprobada.

—En discusión el título IX.

Sr. Secretario Sorondo—En este título hay algunas correcciones que hacer.

En el artículo 77, en vez de 35 debe decir: 38 años. En el artículo 73, donde dice: «y demás aptitudes para el servicio militar», hay que agregar: «debiendo además ser soltero ó viudo sin hijos».

En el artículo 78 poner 40 años en vez de 39.

—Se da por aprobado el título IX.

—En discusión el título X.

Sr. Secretario Sorondo—Aquí está cambiado el título. En vez de decir: «Recompensas á clases y tropas», debe decir: «Recompensas á clases y soldados».

En el artículo 88 se suprime la palabra *primeros*. Donde dice: «en los primeros cuatro años de su compromiso», debe leerse: «en los cuatro años».

En el artículo 90, donde dice: «segundo compromiso de cuatro años», debe decir: «de cinco años».

En el artículo 92, en vez de los «suboficiales ascendidos á tales en el segundo período», debe decir: «ascendidos á tales en el primero y segundo período».

En el artículo 94 hay que suprimir las palabras: «á quienes corresponda por sorteo hacer el servicio».

En el artículo 95, en vez de catorce años, debe ponerse quince años.

Como artículo nuevo, después del 97, el siguiente:

«Art. 97 bis. Las ventajas acordadas á las clases y soldados del ejército permanente por este título, no podrán ser

disminuídas para aquellas clases y soldados que estuviesen ya en servicio, en caso que se dictare alguna nueva ley modificando la presente.»

Sr. Gómez (C. F.)—Pido la palabra.

Para proponer que se agregue un nuevo artículo á este título, inspirado en un sentimiento de justicia y equidad á favor de los empleados públicos que sean llamados al servicio militar en virtud de esta ley.

Es sabido que ya ha ocurrido el caso, con motivo de las movilizaciones anteriores, de empleados públicos de la nación que han tenido que perder sus puestos; y es conocido también el hecho de que establecimientos particulares, como el Banco Español de la capital de la República, han concedido licencia con goce de sueldo á los empleados que tenían que prestar servicio militar.

No sería, pues, justo que si la nación, en virtud de las disposiciones de esta ley, llamara á algunos de sus empleados á prestar servicio militar, los privara de este beneficio para ellos ó sus familias.

Por esta razón, voy á proponer un nuevo artículo, después del 94, en estos términos: «Sólo podrá ser reemplazado provisoriamente el empleado público llamado al servicio militar. Su reemplazante gozará la mitad del sueldo del titular, debiendo la otra mitad entregarse á la familia del conscripto.»

He consultado la opinión del señor miembro informante de la minoría, quien se ha manifestado conforme. El señor ministro de la guerra también lo está. De modo que la cámara, haciendo un acto de justicia, podría incorporar este artículo al proyecto.

Sr. Ministro de la guerra—Estoy conforme siempre que se suprima la cláusula de entregar la mitad del sueldo á la familia del conscripto.

Sr. Gómez (C. F.)—Estoy conforme: que se entregue al conscripto.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

Aceptandó este artículo, por las razones de justicia que lo inspiran, se me ocurre, sin embargo, una duda.

Para el caso de que no encuentre reemplazante ese conscripto porque la mitad del sueldo no compense la importancia del servicio que preste, ¿en qué condiciones quedaría el conscripto, si no se llena la vacante provisoriamente?

Sr. Gómez (C. F.)—Se le daría siempre la mitad del sueldo.

Sr. Fonrouge—Perfectamente: deseaba que se hiciera esa aclaración.

—Se vota el artículo propuesto, y es aprobado en estos términos: «Sólo podrá ser reemplazado provisoriamente el empleado público llamado al servicio militar. Su reemplazante gozará de la mitad del sueldo del titular, debiendo la otra mitad entregarse al conscripto.»

Varios señores diputados—Que se rectifique la votación.

—Rectificada la votación, sea el mismo resultado: afirmativa de 39 votos.

Sr. Presidente—El resto del título queda aprobado con las modificaciones que ha indicado el señor secretario.

—En discusión el título XI.

Sr. Secretario Sorondo—En este título, como inciso *h* del artículo 98, se ha agregado el siguiente: «Todo seminarista que abandone la carrera eclesiástica, queda hasta los 28 años cumplidos obligado al sorteo y á cumplir en el ejército permanente el tiempo de servicio que por éste le toque.

«En caso de guerra, el poder ejecutivo podrá emplear á los miembros del clero católico y ministros de otras religiones en los servicios sanitarios ó de su ministerio.»

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Como creo que este título dará lugar á algunas discusiones, voy á proponer que lo dejemos para el final, y que continuemos tratando el resto de la ley.

Varios señores diputados—Que se deje el artículo.

Sr. Demaría—Insisto en mi indicación: todo el título.

—Apoyado.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

Desearía saber solamente qué quiere decir *el final*.

Sr. Demaría—Final, generalmente, quiere decir, señor presidente, lo último que queda de una cosa. De manera que: para el final de la ley, quiere decir, cuando hayamos tratado todo el resto de la ley.

Aunque no soy gramático de profesión, me parece que eso no puede escapar á ningún criterio discreto.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

He pedido esa aclaración, porque desconfío de que el final á que se refiere el señor diputado por Buenos Aires

sea el final de la discusión; y como estamos sesionando con un número tan difícil de conseguir, creo que si dejáramos para el final, como se propone, la discusión, correríamos el riesgo de que los pocos diputados que quedarán en el recinto, por deseos de levantar la sesión ó por el apresuramiento que generalmente se produce en la última hora, no prestaran atención alguna y fueran todavía menos tolerantes de lo que son ahora para toda discusión; y entonces este final sería una ventaja que habría conseguido la comisión, á lo que desearía oponerme.

Queda explicado así por que he hecho esa pregunta y por qué no he tenido necesidad de ser gramático de profesión para poder desconfiar de ello.

En el caso de que se nos proponga hacer la discusión al terminar el proyecto, pido á la comisión que abandone esa actitud y que entremos al debate ahora mismo.

Sr. Presidente—El señor ministro había pedido la palabra?

Sr. Ministro de la guerra—Era únicamente para apoyar la indicación hecha por el señor miembro informante de la minoría. Pero yo la llevaría más lejos, si fuera posible: que sólo quedara para el final de la discusión el inciso g del artículo 98 de este título.

Sr. Presidente—La moción del señor diputado por Buenos Aires es sobre todo el título.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Voy á explicar claramente el objeto que he tenido al hacer esta indicación.

Si hoy nos detenemos en la discusión, no sólo de este artículo sino de algunos otros en materia de excepciones, que según creo haberme apercibido en antecala van á ser discutidos por algunos señores diputados, en la sesión de hoy no llegaríamos más allá de este título, y sería muy difícil que consiguiéramos que en la próxima terminara la sanción de esta ley; mientras que si votamos hoy todos los demás artículos que creo no darán lugar á debate, sólo quedarían pendientes tres ó cuatro; y como quizá fuera posible discutirlos brevemente, sería fácil obtener de los señores diputados que hicieron indicación para tratar el lunes la cuestión municipal, que nos acordaran un cuarto de hora para terminar la ley; mientras que si hacemos ese pedido para ciento y tantos artículos, sería difícil conseguirlo.

Esta es la razón del pedido que hago,

de que este título se trate después de los demás que forman el mayor número.

Sr. Presidente—Se votará la proposición del señor diputado por Buenos Aires.

—Se vota, y resulta negativa.

Sr. Demaría—Pido que se rectifique la votación.

—Así se hace, dan o igual resultado.

Sr. Presidente—Está en discusión el título 71.

Sr. Robert—Pido la palabra.

Sr. Lacasa—Pido la palabra.

Para hacer una moción de orden: que la cámara se constituya en sesión permanente hasta terminar la consideración de esta ley.

—Siendo apoyada esta moción, se vota y es aprobada.

—En discusión el título XI.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado por Corrientes.

Sr. Robert—Señor presidente: el año pasado tuve el honor de proponer á la honorable cámara un modesto proyecto sobre esta materia de excepciones al servicio militar; y aun cuando no fué despatchado por la comisión respectiva, he tenido en cambio el placer de ver que en este proyecto del poder ejecutivo están comprendidas la mayor parte de las modificaciones que entonces proponía á la ley actual. Pero como no todas figuran, creo que la cámara sabrá disculparme que aproveche esta ocasión para insistir nuevamente en ellas.

Cuando fundé ese proyecto, dije que si bien era cierto que los tribunales federales habían establecido una jurisprudencia respecto de la aplicación de la ley, no obstante, como esta parte estaba librada á la apreciación de las juntas que la misma ley había creado, se habían producido un cúmulo de resoluciones contradictorias y aun irritantes injusticias.

Pienso, pues, que la ley debe ser bien clara y perfectamente explícita á este respecto; y si ella debe reglar, como creo y se desprende del contexto de los artículos que se discuten, las relaciones de la familia, que es la base de la sociedad, me parece que debe ser categórica, con lo cual podremos evitar la repetición de esas resoluciones contradictorias y esas injusticias irritantes que las juntas producían, no

consiguiendo otro objeto que hacer odiosa la misma ley.

Voy á proponer que este artículo se modifique, diciendo que solamente se exceptúa al hijo legítimo, excluyendo á los demás.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Es únicamente para decir que el poder ejecutivo no puede aceptar esa indicación, porque considera con los mismos derechos á la madre que ha tenido un hijo no legítimo que á aquella que ha tenido otro legítimo. No habría ningún motivo para que la primera quedara completamente abandonada á su suerte, expuesta á morir de hambre si le quitan su hijo, mientras que la otra, que puede ser más feliz, tendría su hijo á su lado nada más que porque ha tenido la suerte de que sea legítimo.

Sr. Robert—Yo no digo lo contrario. Creo que tan meritoria de la excepción de la ley es la madre natural como la legítima. Pero es que la ley no lo dice claramente. Mi propósito es que si se quiere exceptuar al hijo natural, que se diga claramente, porque el artículo parece referirse solamente al legítimo.

Sr. Ministro de la guerra—Quien ha redactado la ley ha tenido el espíritu de que tanto el hijo legítimo como el ilegítimo sean exceptuados.

Sr. Vivanco (P.)—Pido la palabra. He aceptado anteriormente la moción del señor miembro informante de la comisión, de dejar este título X para que se discuta como último, porque pensaba hacer algunas observaciones al artículo 98.

Me parece, señor presidente, que esta es la parte más delicada de la ley. Creo que aquí están los medios por los cuales ella podrá fracasar ó tener éxito en la práctica; que la cámara debe ser, por consiguiente, sumamente parca en las excepciones. A mí, francamente, me toma un poco de sorpresa la discusión, porque el punto en que yo quería hacer principalmente observaciones es la cláusula *b* del artículo 98.

Este artículo tiene una trascendencia que no se presenta en el primer momento. Envuelve una cuestión bastante grave. Está en realidad vinculado á una cuestión demográfica. Este artículo que exceptúa al hijo único de madre viuda, importa en realidad si es aceptado, un privilegio, una verdadera excepción de casta. Se puede demostrar por todas las observaciones estadísticas, por los

hechos y por las leyes que rigen el desenvolvimiento de la población, que el hijo único de madre viuda solamente corresponde en su generalidad á los matrimonios de los que tienen bienestar, de los ricos, que son los que tienen una descendencia más limitada.

Sr. Carrasco—En esta tierra, no!

Sr. Vivanco (P.)—En esta tierra como en todas, se considera que en las clases acomodadas hay una disminución en el número de nacimientos comparado con las clases pobres. Se podrá sostener que en la República Argentina la fecundidad de las clases ricas no está tan limitada como en otras partes; pero siempre será una verdad mi afirmación. La misma palabra de *proletariado* lo está demostrando, pues derivada de *prole*. De manera que he hecho una afirmación de carácter general que no puede ser discutida, y que está de acuerdo con las últimas doctrinas sobre el problema de la población y las leyes que lo rigen y que no quiero analizar en este momento para justificar el corolario enunciado.

De modo, entonces, que al exceptuar *al hijo único de madre viuda*, sin ninguna limitación, contribuya ó no á la subsistencia de la madre ó de un padre septuagenario ó impedido, se crea en realidad un verdadero privilegio.

¿Qué motivo habría para que un hijo único de madre viuda, si goza de bienestar, sea exceptuado, aunque no contribuya para nada al sostenimiento de la madre? ¿Y por qué no se aplica la excepción *al hijo único* de padre viudo? ¿Y finalmente si tiene hermanas, por qué se le ha de exceptuar?

Por eso había pedido el aplazamiento, porque creo que es una cuestión que la cámara debe tratar con mucho cuidado, para no crear un verdadero privilegio en favor de las clases acomodadas.

Yo no daré mi voto al artículo exceptuando al hijo único de madre viuda, sino cuando contribuya al sostenimiento de la madre; en otro caso no lo daré.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Es únicamente para hacer notar al señor diputado por Córdoba que está en un error.

Sr. Vivanco (P.)—Ojalá!

Sr. Ministro de la guerra—No sólo no ha estado en el espíritu de los que han redactado esta ley exceptuar á los hijos de madres ricas, sino que aquí

está el artículo 99, y tal vez esta es la única ley que contiene esta disposición: «Antes de concederse la excepción, deberá comprobarse debidamente la absoluta pobreza y otras causales que necesariamente han de concurrir para que dichas excepciones puedan darse.»

Lo que quiere decir que sólo nos proponemos exceptuar á los hijos de viuda pobre, sean legítimos ó naturales, pero nunca al hijo de madre rica.

Sr. Vivanco (P.)—Perfectamente. El señor ministro ha dado una aclaración que yo acepto, pero que no surge del artículo. Cuando hay varios, se exceptúa á aquel que atienda á la subsistencia de la madre; pero en el caso del hijo único no se toma en cuenta esa consideración.

Ahora el señor ministro pretende que el artículo 99 se aplicará se trate de uno ó de varios hijos y yo afirmo que no.

Sr. Ministro de la guerra—No pretendo, sino que ha sido siempre ese mi propósito.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Yo encuentro que el señor diputado por Córdoba tiene razón, porque tanto el espíritu de la comisión como del poder ejecutivo ha sido únicamente exceptuar al hijo único de madre viuda.

Sr. Ministro de la guerra—Siempre que sea pobre la madre.

Sr. Demaría—Eso no es lo que dice el artículo. Aun aceptando que ese artículo esté regido por el 99, éste dice textualmente que antes de concederse la excepción deberá comprobarse debidamente la absoluta pobreza y otras causales.

De manera que si dejamos en la ley *hijo único*, esa será una de las causales.

Entonces, me parece necesario agregar después de las palabras *hijo único de madre viuda* «que atienda á su subsistencia» porque sinó la ley diría lo contrario.

Sr. Barroetaveña—Pido la palabra.

Aceptando la fórmula del señor miembro informante, creo quedaría completa la intención de este artículo, que ha expresado el señor ministro de la guerra, con la indicación del señor diputado Robert, diciendo: «Al hijo de madre viuda ó natural que atienda á la subsistencia de ésta ó de un padre sep-tuagenario ó impedido.»

Sr. Vivanco (P.)—Hay que exceptuar

también á los hijos naturales que se encuentren en idénticas condiciones.

Sr. Presidente—¿El señor diputado por Corrientes está conforme?

Sr. Robert—Sí, señor.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

La cámara está de acuerdo en que los hijos exceptuados por este artículo puedan, ser legítimos ó naturales; y está de acuerdo en que las madres á cuyos hijos se refiere han de ser pobres.

Me parece entonces que la fórmula que concilia todas las opiniones de los señores diputados es esta: al hijo único de madre pobre.

Esto dice todo: hijo de viuda, legítimo ó natural.

Sr. Demaría—De madre viuda pobre.

Sr. Olivera—De madre pobre.

Sr. Demaría—¿Y si tiene padre?

Sr. Olivera—Pero es el hijo que atiende á la subsistencia de la madre pobre.

Sr. Demaría—Nó; de madre viuda pobre.

Sr. Presidente—¿El señor diputado insiste en la modificación?

Sr. Olivera—Sí, señor.

Sr. Presidente—¿Está conforme con la modificación del señor diputado Barroetaveña?

Sr. Olivera—Es al señor diputado Barroetaveña á quien habría que preguntarle si está conforme con la mía. (Risas.)

Sr. Presidente—Yo entendía que estaba conforme con la proposición del señor diputado Barroetaveña.

Sr. Olivera—He sido yo que he hecho la proposición.

Sr. Presidente—Se votará después, si el señor diputado no está conforme.

Sr. Olivera—Al hijo único de madre pobre.

Sr. Demaría—Al hijo legítimo ó natural de madre viuda pobre.

Sr. Barroetaveña—Pido la palabra.

Soştengo el artículo tal como lo propuse á la cámara, porque me parece que consulta el espíritu de la ley, y la intención del señor ministro de la guerra y de la comisión, así como las observaciones del señor diputado por Córdoba y por Corrientes. De manera que el artículo quedaría así: Al hijo de madre viuda ó natural que atienda á la subsistencia de ésta ó de un padre septuagenario ó impedido.

Sr. Demaría—De madre viuda ó natural, no da la idea.

Sr. Barroetaveña—¿Cómo no?

Sr. Vivanco (P.)—Viuda ó soltera.

Sr. Argerich—Pido la palabra.

Yo voy á proponer á mi vez una modificación al artículo.

Me parece que el texto equitativo de este inciso, será el siguiente: Al hijo único de madre viuda, ó á aquel que atienda á la subsistencia de sus padres septuagenarios ó impedidos.

Sr. Vivanco (P.)—No, señor!

Sr. Argerich—Permítame. El término primero que se refiere al hijo único de madre viuda, figura tradicionalmente en todas las leyes de servicio militar de la República.

Sr. Ministro de la guerra—Es cierto.

Sr. Argerich—Y figura tradicionalmente en esas leyes, porque tiene un objeto más alto que el de la simple subsistencia: porque la madre viuda desamparada, con un solo hijo, no tiene otro representante de la familia que ese hijo único.

Esa ha sido la tradición de ese precepto en todas las leyes militares argentinas.

Responde, pues, á algo más que á la simple subsistencia, y la fórmula que yo propongo concilia esa razón de orden social con las razones enunciadas por todos los señores diputados con relación á la madre natural.

Sr. Ministro de la guerra—Ese no ha sido el espíritu de los que han redactado esta ley, porque el servicio que ella impone es únicamente por seis meses, y por consiguiente, el hijo de una madre viuda rica puede perfectamente hacerlo sin sacrificar los intereses de aquella.

Sr. Argerich—El señor ministro no tiene en cuenta los argumentos aducidos y que se fundan en la tradición de la ley argentina.

Sr. Ministro de la guerra—Será bueno ó malo, pero ese es el espíritu que tiene en esta ley.

Sr. Bouquet Roldán—Pido la palabra.

Voy á proponer una fórmula mucho más simple y que concilia todas las proposiciones que se han hecho.

Me parece que bastará con decir: Al hijo sin padre... (*visas*), que atienda á la subsistencia de su madre pobre.

Sr. Vivanco (P.)—Tampoco.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

Sr. Presidente—¿Ha terminado el señor diputado?

Sr. Bouquet Roldán—Voy á concluir.

Como no he hablado dictando para redactar, quería dar á entender en las palabras que pronuncié que me refiero á padres vivos: es claro que padres muertos ó desconocidos todos tendrán.

En esa forma se concilia todo, porque en ella entran los hijos naturales y los legítimos, y no se puede conceder excepción á los que tengan padre, aunque tengan madre pobre.

Sr. Gómez (C. F.)—Pido la palabra.

Para proponer esta forma que me parece muy clara: el hijo único legítimo ó natural que atienda á la subsistencia de la madre ó de un padre septuagenario ó impedido.

Sr. Vivanco (P.)—Esa debe ser la forma.

Sr. Belderrain—Pido la palabra.

El primero de los señores diputados por Córdoba ha estado en lo cierto, aunque se ha expresado con cierta imprudencia.

Voy á poner el caso siguiente para que la cámara lo resuelva. El hijo único, legítimo, de padres vivos no está exceptuado. El hijo único de padres naturales, vivos, está exceptuado, porque se refiere el artículo únicamente á la madre. Debe decirse madre natural y de padre fallecido, ó desconocido, porque sinó el hijo natural que tenga madre y padre vivos que estén viviendo en concubinato queda exceptuado, por los términos de la ley.

Sr. Presidente—Se votarán las diferentes modificaciones propuestas por su orden.

Sr. Secretario Sorondo—Corresponde primero la modificación propuesta por el señor diputado Barroetaveña y aceptada por el señor Robert. «El hijo único de madre viuda ó natural que atienda á la subsistencia de ésta ó de un padre septuagenario ó impedido.»

—Se aprueba por 34 votos.

Sr. Secretario Sorondo—En el mismo artículo, al final, como inciso nuevo, el siguiente:

«Todo seminarista que abandone la carrera eclesiástica queda, hasta los 28 años cumplidos, obligado al sorteo y á cumplir en el ejército permanente el tiempo de servicio que por éste le toque.

En caso de guerra, el poder ejecutivo

podrá emplear á los miembros del clero católico y ministros de otras religiones en los servicios sanitarios ó de su ministerio.»

Además, en este título hay que considerar el artículo propuesto por el señor diputado Romero.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

Lo primero que debía pensarse, señor presidente, es que si el señor ministro de la guerra ha tenido en vista las razones que se dieron en la sesión anterior para modificar este artículo en el sentido de las opiniones que entonces parecieron prevalecer, era que con la modificación propusiera realmente una reforma del artículo.

La simple lectura, sin embargo, de esa proposición, demuestra que lejos de ceder en el punto que estaba en discusión, insiste en él y propone que armemos al clero con el brazo militar, para que pueda hacer respetar los contratos que actualmente se pasan entre los seminaristas y el clero, en el caso que los seminaristas no quieran continuar respetándolos.

Actualmente, si un joven aprovecha una beca del estado para estudiar las materias que deben servirle para ser ordenado sacerdote, y abandona esos estudios antes de ser ordenado, el clero no tiene ningún medio de cohibirlo para que cumpla ese contrato.

Por el artículo que propone el señor ministro, tendría el medio de cohibirlo: la amenaza de la conscripción sería el complemento de la intención que tenía el clero relativamente á ese joven. Y ¿qué es entonces lo que vendríamos á ganar con la proposición del señor ministro? Mejor sería dejarlo como está.

Sr. Ministro de la guerra—Apoyado.

Sr. Olivera—No es apoyado. (Risas).

La segunda parte de la proposición del señor ministro, con otras palabras, es absolutamente la misma que hizo el señor diputado Romero.

Voy á tratar ligeramente el primer punto, porque deseo rogar á la cámara que vote el artículo que ha propuesto la comisión, suprimiendo simplemente la palabra *seminarista*.

Exceptuar á los seminaristas es vincular á la ley una sola proposición odiosa.

Todo lo que importa un gravamen es odioso y es preciso justificarlo con la uniformidad; importa una obligación, un sacrificio, un esfuerzo, y por eso

cuanto mayor número de gentes comprenda.

No hay nada más odioso que las leyes de impuestos; las únicas leyes que no son odiosas son las de excepción, las que se refieren, por ejemplo, á los delincuentes, á los que por excepción no concuerdan con la aptitud normal de la sociedad.

La ley de servicio militar obligatorio tendrá el menor número de odiosidades cuando tenga el menor número de excepciones; porque el hombre está hecho de tal naturaleza, que si un mal parece inevitable, él es tanto menos pesado cuanto más uniforme es. Mal de muchos... etcétera. (Risas).

Ahora bien: ¿qué ganaría la sociedad argentina, para hablar exclusivamente del país en que estamos legislando, con que hubiera una clase de jóvenes que fueran exceptuados del servicio militar, porque se dedicarían á estudiar una cierta clase de conocimientos?

Si esos conocimientos debieran terminar forzosamente en una ventaja, se podría hacer el sacrificio, puesto que sería un depósito sagrado, un mandato que se conferiría á ciertos ciudadanos para que realizarán un esfuerzo en favor de la sociedad, que compensaría el que no prestaran en el ejército; pero en este caso, cuando no exceptuamos á los que estudian para abogados, para ingenieros, para médicos, ¿por qué habríamos de exceptuar á los que estudian para sacerdotes?

No está demostrado, me parece, que en la sociedad sean los sacerdotes más útiles que los médicos, por ejemplo. Caritativamente no hablo de los abogados, porque sería muy difícil defenderlos. (Risas).

No son más útiles que los ingenieros, utilísimos como son para dirigir la construcción de puertos, de caminos, de edificios, de una multitud de cosas, que son absolutamente indispensables para la civilización.

¿Por qué no habríamos de exceptuar... iba á decir á los poetas? (Risas).

También llenan en la civilización una inmensa medida: inspiran el patriotismo, elevan el espíritu, presentan las imágenes que pueden llevar más fácilmente al hombre al sacrificio de su egoísmo; constituyen una verdadera escuela de elevación moral.

¿Por qué no exceptuaríamos á los escritores, á los periodistas, sobre todo á los periodistas que no falsean la verdad? (Risas).

Recordarán los señores diputados que

en la sesión anterior se produjo un pequeño incidente, que no tuvo consecuencias, cuyo origen fué este: el señor diputado Demaría dijo, á propósito de una frase que él creyó que le comprendía. «Eso es una impertinencia del señor diputado.»

Los diarios, en su inmensa mayoría, reportaron el incidente más ó menos como había sucedido; pero el diario de la iglesia católica, *El Pueblo*, dijo que el señor diputado Demaría había dicho: «El señor diputado Olivera es un falsario».

En esa forma ha sido transmitido á todos los diarios clericales que hay en la República. Y habiendo interpelado alguno de los cronistas de otros diarios á este que se había tomado tal libertad, la excusa que presentó fué: lo he hecho inocentemente; creía que falsario era menos que impertinente. (*Risas*).

Deberíamos, pues, exceptuar á todos los que prestan inmensos servicios á la civilización, ó no exceptuar á ninguno á fin de hacer la ley menos odiosa.

El seminarista es un joven que ha aprendido á creer en ciertas cosas por el mismo proceso mental con que aprenden á creer los médicos, los abogados, los poetas, escritores, periodistas.

El hombre está constituido de tal modo que si se le enseña á creer que 10 no son 10 sino 25, lo cree; la prueba es que hay una multitud, millones de gentes, que creen que 3 es 1, como en el caso de la Trinidad. (*Risas*).

Esta exclusividad de creencias proviene de la exclusividad de los maestros. Por eso los hombres de mundo que han viajado, que han vivido, que han gozado y sufrido, que han conocido á los hombres tales como parecen y tales como son, son los que realmente se aproximan más á la verdad, y una buena civilización, una organización superior de la sociedad debe procurar en la mayor medida posible, á sus miembros, las facilidades para llegar á conocer realmente la verdad.

Los seminaristas están secuestrados, están viviendo desde muy jóvenes en una atmósfera que les impide absolutamente conocer las otras verdades en que creemos los demás hombres.

Dedicados á la esterilidad, les es imposible absolutamente conocer las razones en que pudiera fundarse una teoría científica de las ventajas de esa esterilidad, personal y socialmente. En el campamento verían todo lo que no ven en el claustro: aprenderían las dificultades

de la vida, tales como ellas son; se darían cuenta de que no siempre es perfectamente posible vivir, alojarse y prolongar la existencia cómodamente, sin trabajar.

Así, en caso de guerra no comerían si no fueran diligentes, no alimentarían sus caballos si no tuvieran la destreza necesaria; no escaparían del peligro, porque tampoco sabrían correr, desde que no les han enseñado nada, desde que los han mantenido en el desuso de todos los instrumentos que constituyen el hombre. (*Risas*).

Propongo que no sean exceptuados del servicio militar, primero: porque es casi una obligación geométrica de esta ley que haya el menor número de excepciones. Después, por que no son sacerdotes; desde que no han perdido la aptitud de ser individuos de la sociedad, ¿por qué habríamos de creer en sus promesas y esperanzas más de lo que creemos en las promesas y esperanzas de los demás?

Los novios, por ejemplo, tienen tantas promesas ó esperanzas como los seminaristas; pero nadie cree en ellas sino hasta cierto punto. Se espera á que formalicen la promesa, y solamente después que han cumplido el compromiso que el noviazgo representa, se les reconoce el estado correspondiente á su posición.

Este es un caso igual. Todos los contratos principian por ser promesas de contratos. Nadie entrega sus terrenos ó sus casas sino en cambio de una garantía positiva. No basta decir: yo compraré, yo alquilaré; es necesario formalizar el contrato.

Ese contrato que los seminaristas hacen con su propia conciencia y con las escuelas en que se les enseña, no es perfecto, desde que no es más que un principio de contrato. Si mañana, después de haber cumplido con la obligación que comporta la ley militar para todos los jóvenes, volvieran al claustro y fueran sacerdotes, entonces se podría creer que en efecto son personas que habiéndose dado cuenta de todo lo que hay en el mundo, lo más conveniente para ellos es ese estado; pero mientras eso no suceda, debemos pensar que es posible que muchos, después de haber pasado seis meses ó dos años en el campamento—hago la confesión de que deseo que les toquen todos los sorteos de dos años, que ninguno se escape—(*Risas*), habrán completado su educación, serán verdaderamente hombres, en el sentido inte-

gro de la palabra. (*Risas.*) Y se reúnen entonces todas las razones para que no cometamos la imprevisión de proteger demasiado á estos jóvenes, porque en lugar de dedicarse á estudiar el cuerpo humano y la manera de enfermarlo como hacen los médicos, porque en lugar de aprender á enredar todos los asuntos como hacen los abogados, se dedican á aprender lo necesario para desunir las familias, para combatir al Estado en todas las resoluciones que atañen al manejo de los intereses temporales, y á la manera de eludir todos los compromisos que nacen de la existencia real del individuo y de los que comporta una ley militar.

Ya se sabe que el sacerdote, ante la ley no tiene hijos, que no se bate, que no defiende el territorio, que no contribuye á los impuestos y que sin embargo goza de todas las ventajas que no tienen todos los demás hombres reunidos.

Estas son las razones que tengo para proponer á la cámara que en lugar de votar la proposición del señor ministro, vote la mía, que consiste en exceptuar solamente á los sacerdotes y no á los seminaristas.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Para hacer solamente una aclaración.

No creo, en obsequio á la brevedad de este debate, deber entrar á contestar muchos de los pensamientos que ha emitido con tantísima elocuencia el señor diputado por Buenos Aires. Quiero solamente decir que al ponerse este agregado al inciso g, no ha pensado el ministro de la guerra que él fuese un elemento de coerción para que los seminaristas continuasen en sus claustros.

La razón por la cual se ha puesto también á los seminaristas entre los exceptuados, es porque si así no se hiciera, esos jóvenes, en lugar de seguir sus estudios en uno de los seminarios del país, ingresarían en el clero regular para eludir así el servicio militar que les tocase por conscripción.

Quiero hacer notar también al señor diputado que si lee bien el último párrafo que se ha agregado al artículo, notará que no sólo se ha pensado en los miembros del clero nacional, puesto que el clero católico es el clero nacional según la constitución, sino que se ha pensado también en los ministros de todas las religiones, para que unos y otros, cuando el país se encuentre en guerra, puedan, si el poder ejecutivo lo conceptúa necesario, ser llamados á de-

sempeñar las funciones de su ministerio, probablemente con más frecuencia los incorporaría en los servicios sanitarios.

Hecha esta aclaración, verá que los propósitos que ha tenido el ministro no son los que él ha indicado.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

El proyecto que presentó el señor diputado Romero hace obligatoria la presencia del sacerdote en el ejército para los servicios de su ministerio. En el discurso con que lo fundó posteriormente, contestando á la observación del señor diputado Sánchez, de que no quedarían curas en las iglesias, dijo que el poder ejecutivo determinaría el número de sacerdotes que creyera necesario para esas funciones.

Es, pues, en el fondo y en la forma, exactamente la misma proposición. La una, aparentando que es obligatoria la prestación de un servicio militar con peligro, no contiene, en el fondo, más que la proposición de exceptuar á los sacerdotes de todo servicio militar peligroso; y la proposición del señor ministro, de que el poder ejecutivo los puede llamar para el servicio sanitario, es como se ve, exactamente lo mismo, desde que el poder ejecutivo, por la proposición Romero, podía llamar el número de sacerdotes que quisiera para el servicio de su ministerio, y la actual del señor ministro, es que el poder ejecutivo puede llamar el número de sacerdotes necesarios para servicios sanitarios.

Me parece que no hay necesidad de insistir más para que...

Sr. Ministro de la guerra—No es lo mismo, puesto que están aquí incluidos los ministros de todas las religiones.

Sr. Olivera—Lo mejor es que no haya curas en el ejército.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

Voy á votar en contra del artículo propuesto y en favor del de la comisión, con la supresión de los términos: «A los miembros del clero regular y seminaristas.»

Desearía que quedara constancia de cuáles son los motivos que ha tenido la comisión ó el señor ministro, para excluir del servicio militar á los miembros del clero regular; de cuál es el pensamiento del gobierno al substraer á estos hombres del servicio militar, dándoles, por lo tanto, una ventaja sobre los demás ciudadanos, ventaja que constituye un estímulo para que los

jóvenes argentinos ingresen á las órdenes monacales.

Deseo saber si dentro del pensamiento del gobierno hay algo que pueda llevar á mi ánimo la convicción de que realmente se hace una obra benéfica para el país, acordando esta ventaja, es decir, propendiendo á que aumenten las órdenes monacales en el país.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Si la hay: la tradición de todas nuestras leyes militares; y si el señor diputado quisiera ver la discusión de ellas, encontraría allí aducidas las razones por qué se exceptúa á los religiosos y seminaristas.

Sr. Lartigau—La tradición también ha exceptuado al hijo de madre viuda, y nosotros lo hemos suprimido.

Sr. Gouchou—Continúo con la palabra,

Tal vez se me objetará, del punto de vista religioso, y se me dirá que al obligar á los monjes á prestar el servicio militar á la par de los demás argentinos, se contraría los intereses de la iglesia católica; pero, señor presidente, tendría en mi favor la historia.

Han sido militares antes de estar al servicio de la Iglesia y han ocupado después un lugar prominente en ella y han sobresalido por su talento, por su fervor religioso, por su habilidad para servir los intereses de la Iglesia, los hombres más culminantes de ella.

San Pablo fué militar, antes de ser evangelista; san Pedro de Osma fué militar, luego fraile benedictino y más tarde obispo; san Martín, que estaba al servicio de Juliano el Apóstata, fué soldado y después se hizo fraile; san Serafino, militar afortunado y valiente, se dedicó después á fraile; san Jorge de Capadocia fué militar; san Ignacio de Loyola, se halla en igual caso.

Hace muy pocos días, señor presidente, la crónica de los diarios de nuestra capital nos informaba que dos militares, me parece que italianos, habían abandonado la carrera para enclaustrarse en el convento de San Francisco.

Quiere decir entonces que el servicio militar no está en pugna con la satisfacción de las tendencias religiosas.

Bien, señor presidente: si no contraría á la Iglesia, ¿hay alguna conveniencia en fomentar las órdenes religiosas? ¡Ninguna!

Nadie podrá demostrar que estas ór-

denes sean convenientes para el país: por el contrario, son perjudiciales; y tan perjudiciales, que aun el clero ilustradísimo de Estados Unidos y el clero de Bélgica se han alarmado con la invasión á esos países de las órdenes monásticas de los demás, y han considerado que la iglesia católica perdería mucho en Estados Unidos y en Bélgica con el aumento de conventos.

Pero si no bastara la autoridad de estos hechos contemporáneos, tengo á mi favor, para limitar las órdenes, para no darles estímulo para que se ubiquen en el país, la misma historia eclesiástica; y lamento mucho que la necesidad de dictar inmediatamente esta ley no me permita ocuparme detenidamente de esta materia.

Voy á citar rápidamente los hechos de la historia eclesiástica que están en favor de la tesis que sostengo.

Inocencio III, en el cuarto concilio general lateranense, prohibió que en adelante se fundase ninguna orden religiosa nueva.

Gregorio X, en el concilio general lugdamense, renovó la misma prohibición, disolvió las órdenes fundadas después del cuarto concilio lateranense, y resolvió que las existentes no pudiesen aumentar su número.

El papa Clemente V, en letras expedidas con el sello de plomo el 2 de mayo de 1312, prohibió varias órdenes por hallarse completamente difamadas.

San Pío V suprimió la orden de los humillados.

Urbano VIII, por los breves de 6 de febrero de 1626 y de 2 de diciembre de 1643, también suprimió gran número de órdenes; prohibió la fundación de nuevas y limitó el número de las existentes.

Inocencio X, el 1º de abril de 1645, por letras expedidas también con el sello de plomo, por breves de 16 de marzo de 1645, de 29 de octubre de 1650 y de 22 de julio de 1651, hizo iguales prohibiciones.

Clemente IX siguió el camino indicado por sus antecesores, y Clemente XIV, el gran Papa por excelencia, suprimió la orden de los jesuitas el 21 de julio de 1773, á pedido de los reyes católicos de España, Francia, Portugal y las Dos Sicilias.

Las órdenes religiosas han dado siempre exactamente el mismo resultado: fundadas con el objeto de ser un modelo de virtud, pero sobre una base que contraría la naturaleza, han sido la pie-

dra de escándalo de las sociedades y del mundo católico. Porque, señor presidente, la virtud no consiste precisamente en substraerse á las causas de pecado, sino que está en colocarse en las causas de pecado, en dar prueba de resistencia, en demostrar que se tiene un alma y una organización física y psíquica capaces de resistir á la tentación y triunfar así sobre los enemigos del alma.

Un hombre que no maneja jamás dinero del estado no podrá naturalmente cometer el delito de defraudación, y así sucesivamente.

El monje se substraee á la sociedad para no incurrir en los pecados que en ella se cometen; pero en cuanto se pone en contacto con la sociedad por algún medio, por el confesionario ó cualquier otro, incurre en pecado, y de ahí viene entonces el escándalo. El hombre encerrado en un convento no es un hombre virtuoso por ese hecho; es simplemente lo que ha dicho Platon: «una sombra de la virtud». Entonces, si no se aduce ningún argumento de orden filosófico, de orden religioso, de orden político ó de orden económico para sostener estas excepciones del servicio militar para las órdenes monásticas, creo que no hay ninguna razón para mantenerlas. Y si el espíritu de la cámara se inclinase á mantenerla por la razón dada por el señor ministro, es decir, por la tradición, creo que se debería limitar la excepción al clero regular legalmente autorizado, porque hay una cantidad enorme de órdenes religiosas establecidas entre nosotros con violación de nuestras leyes fundamentales, con desprecio del gobierno del país; y esto debe por lo menos no darles derecho á gozar de esta regalía que se proyecta.

De manera entonces que voy á votar por la supresión de la palabra seminarista, por las razones fundamentales que se han dado, y por la supresión de las palabras «clero regular».

Sr. Lartigau—Creo que se podría entonces suprimir completamente el artículo.

Sr. Gouchon—No; porque está el clero secular y los ministros de las otras religiones.

Sr. Lartigau—Es que esos son funcionarios públicos, porque son jefes de parroquias, canónigos...

Sr. Vivanco (P.)—Debe quedar.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

Lamento no poder acompañar al señor

diputado por Buenos Aires en su proposición; pero debo ser lógico.

Yo deseo contribuir á que la máquina de guerra sea lo más eficaz posible. ¿Qué puede hacer el militar que organiza el ejército con hombres viejos, demasiado gordos (*Risas*), que no saben montar á caballo (*Risas*), que no saben esgrima, que no saben marchar, que no saben estar sin comer, sobre todo? (*Risas*). ¡Si en el ejército se necesitan individuos jóvenes, dispuestos al sacrificio, preparados á él, preparados á la intemperie y á la escasez, por la vida que se les obligaría á hacer!...Sería llevar un peso inerte que perjudicaría al éxito de cualquier operación.

De manera que por esas razones, solamente por esas razones, no puedo acompañar al señor diputado.

Sr. Romero—Pido la palabra.

Me place sobremanera poder dejar constancia desde este asiento de diputado, ante el país entero y ante cuantos conozcan nuestros debates parlamentarios, de que un sacerdote argentino, hablando en nombre de todos sus hermanos de sacerdocio, ha pedido un puesto en el ejército de la patria y que los que se llaman liberales intransigentes le cierran la puerta, acusándolos de que van á llevar el veneno al ejército, con que van á contaminar á sus propios hermanos!

Quede constancia y bien grabada en los anales de este parlamento, de que ha venido un sacerdote á decir ante el país que no queremos vivir de excepciones, que queremos estar al lado de los que defienden el territorio argentino, y no, como dice el señor diputado por la provincia de Buenos Aires, que nos substraemos á defender el territorio de la patria. Quede constancia de que, así como cualquier ciudadano, los sacerdotes argentinos, y son los menos, porque me honro en decir que casi todos ellos son pobres, todos ellos, si poseen algún bien, pagan la contribución directa y todos los impuestos que la ley establece, igualándolos con los demás habitantes de la República.

No tenemos, pues, excepciones, ni bajo el punto de vista de los impuestos, ni bajo el punto de vista de la guerra, puesto que queremos ir allí, á cumplir nuestro ministerio, sea en las ambulancias, esa en los hospitales, sea ayudando, aun cuando fuera, en un momento dado, en las mismas farmacias, á curar los heridos, y aun yo tendría la honra de hacer también el puchero del soldado

argentino que estuviera fatigado y que hubiera combatido por la patria. (*¡Muy bien!*)

No pedimos, pues, excepciones de ninguna clase. Y con esto levanto una de las acusaciones más vulgares y más repetidas.

Se ha dicho en mil tonos que nosotros los sacerdotes vivimos de excepciones.

Señor: á un sacerdote no se le encuentra en los teatros de Buenos Aires; al pobre sacerdote no se le encuentra en los grandes bailes ni en los grandes saraos; no se le encuentra en los bancos ni en los lugares de grandes fortunas, de gran brillo ni de brillante esplendor; pero se le encuentra en los hospitales, se le encuentra en el pobre tugurio, se le encuentra ayudando al pobre, se le encuentra en el foco de epidemia, donde no he visto á ninguno de los liberales intransigentes; no los he visto jamás corriendo el riesgo de la muerte, porque ellos son buenos para acusar al sacerdote; pero no para exponer su cuerpo al contagio de la peste bubónica ó á la viruela. (*¡Muy bien!*)

Ahora pedimos también un puesto en la guerra, y se nos rechaza! Sería conveniente que mañana se nos dijera también que no podemos ir á los hospitales, á los lugares azotados por el flagelo!

Después de dejar constancia de esta verdad, debo decir que si todos los soldados del ejército argentino hubieran de pensar como el señor diputado por la provincia de Buenos Aires, es indiscutible que los sacerdotes estarían allí de más. Más aún: creo que estarían perjudicándolo, porque me parece que al señor diputado una sotana le produce el efecto de un fantasma (*Risas*), y cuando la ve en la calle ó en el parlamento, creo que sueña mal esa noche! (*Risas*).

Pero, señor presidente, la presencia del sacerdote en el ejército, como decía elocuentemente el señor diputado por Santa Fe, es exigida por la conciencia de los soldados cristianos, que indiscutiblemente forman la inmensa mayoría de nuestra nación. Ahí está el censo oficial de los que se llaman y son realmente cristianos y católicos y que no se asustan por ver un sacerdote, que al contrario parece que fueran con mayor aliento, con más decisión á cumplir con su deber cuando saben perfectamente que los acompaña un ministro de su religión.

La presencia del sacerdote en el ejército responde también á la misma tran-

quilidad de las familias, de las madres, de las hijas, de las hermanas, que quieren y desean que sus esposos, que sus hermanos, que sus hijos tengan á su lado un sacerdote si por desgracia les tocara sucumbir en el combate.

Por eso, pues, no se puede dictar una ley para el criterio de un señor diputado que no cree en nada, según sus propias declaraciones, porque aquí no estamos legislando para los incrédulos y los ateos, estamos legislando para toda la Nación Argentina, y la inmensa mayoría de la nación es católica. ¡Y, por ello, loado sea Dios!

Al mismo tiempo, señor, la razón que hay para la excepción que el señor ministro ha propuesto, aun cuando quiero sacarla de este orden de excepciones, es que por la constitución el estado está obligado á sostener el culto apostólico romano, y no hay culto de ninguna clase sin el sacerdote. No hay culto sin sacerdote, y por consiguiente, se hace necesaria, indispensable, su formación; y por eso se dicta todos los años en el presupuesto las becas correspondientes á la formación del sacerdocio argentino.

Mientras exista, pues, en nuestra carta fundamental el artículo 2.º, que ordena sostener el culto católico, todas las leyes militares deben traer disposiciones concordantes con esta disposición fundamental de nuestra organización nacional.

El sostenimiento de los seminarios hecho por el estado, está diciendo que éste tiene un criterio determinado respecto de los seminaristas que siguen esa carrera, es decir, quiere que se formen de acuerdo á las leyes que rigen y establecen su mismo carácter. Formándolos para el sacerdocio, no los forma, pues, ni para la artillería, ni para la infantería, ni para la caballería, ni para la marina: los forma para el sacerdocio, siempre y en todas partes, para que presten servicios como sacerdotes. Y se forman sacerdotes, porque tienen sus creencias y practica su culto; y como ese culto se practica en las capillas como en las grandes catedrales, en las grandes ciudades como en las pequeñas aldeas, debajo de una tienda de campaña como debajo de un árbol, el sacerdote debe prestar esos servicios según el criterio del estado y en las diversas circunstancias en que pueda encontrarse; y por esto, en la guerra, deben prestarlos como en la guerra, en la paz como en la paz.

En cuanto á la excepción que indicó

el señor diputado por la capital, respecto al clero regular, ese clero forma parte de la Iglesia católica, apostólica, romana, y por consiguiente, está también equiparado por los cánones á los sacerdotes en cuanto á las incompatibilidades de su estado con el manejo de las armas. Un sacerdote regular no podría, por cierto, manejar las armas y con ellas matar, porque hay en nuestra misión de caridad y abnegación una verdadera incompatibilidad con ello. Por consiguiente, el clero, lo mismo el regular que el secular, estando inhabilitado para el manejo de las armas, debe prestar el servicio propio de su ministerio, sea recogiendo los heridos ó suministrando el auxilio de la religión á sus hermanos.

Por consiguiente, mantengo mi artículo como lo presenté en la sesión anterior; si él no fuera aceptado, propongo que se vote la modificación presentada por el ministro ó una nueva forma que se podría escogitar para conciliar las opiniones de los señores diputados.

Sé que dentro de esta cámara hay dos clases de liberales; intransigentes contra la religión, los unos; y liberales de buena ley, los otros, conciliadores, verdaderos liberales; y esos liberales, como los creyentes, tienen la aspiración de ver formar el clero nacional, el que salga de acá, de nuestra tierra, que ame nuestra bandera, que se inspire en nuestras tradiciones y que responda á nuestras necesidades; y esa parte de la cámara sé que me ha de acompañar, porque está dispuesta á respetar todas las creencias y á responder á las exigencias que las necesidades de nuestro culto exigen para la mayoría de los habitantes de la República Argentina.

Pido á la honorable cámara que se sirva prestar su aprobación al proyecto de artículo propuesto por mí en la sesión anterior, por cuanto es el que consulta realmente las aspiraciones de nosotros como sacerdotes, como consulta también las aspiraciones de la ley militar.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

Se me acusa de intransigente... (*Risas*) y sin embargo, soy el hombre más tolerante del mundo.

Soy intransigente con ciertas cosas, como todos los hombres. Se trata de una ley militar y digo: nada de culto...

Eso no es una intransigencia

Se dice: son mejores los otros liberales, los que hacen lo que quiere la Iglesia...

En ese caso no serán liberales! (*Risas*).

Se dice: el sacerdote argentino es muy pobre...

No es exacto, señor presidente. Andan en coche (*Risas*), con caballos finos; visten perfectamente, asisten á banquetes con dinero del estado (*Risas*), como el último que se dió con motivo del cumpleaños del señor Arzobispo, en que se destapó champagne... viven exactamente como se vive en la *high life*.

A propósito de esa fiesta, los cronistas de la vida social derrocharon todo su espíritu, lo mismo que en el caso de cualquier novio que se despidе de la vida de soltero... (*Risas*).

Sí, lo único que nos mueve á los liberales que el señor diputado Romero clasifica de intransigentes, es el deseo de que el *Ite et docete* de Jesucristo no sea extendido de la manera que es extendido hoy.

Id y enseñad... Pero es que ellos quieren enseñar á todo el mundo: quieren enseñar á los chicos, las chicas (*Risas*), las jóvenes en el confesionario, las mujeres casadas, diciéndoles cómo se deben conducir en el matrimonio, cómo han de manejar el marido... y todavía quieren venir á enseñar al soldado!

De manera que nos ha parecido demasiado, y es por eso... (*Risas*).

No tengo nada más que decir.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

Debo empezar, señor presidente, por levantar un cargo que ha hecho el distinguido diputado por Santa Fe á los que en este país han tenido el honor de ser clasificados de liberales.

Él ha dicho que los liberales no han estado en la ciudad en los momentos de peligro, cuando la fiebre amarilla y el cólera diezaban la población de Buenos Aires. Podría citar columnas de nombres de liberales, de miembros de la masonería argentina que han estado en la comisión popular. Yo desafío que á la par de esos nombres me inscriban los nombres de los sacerdotes. Empiezo por el primero, el nombre de Roque Pérez, presidente de la comisión popular, (*¡Muy bien!*) quien rindió su vida en el desempeño de su misión.

Puedo seguir citando los nombres de aquellos que no han abandonado su puesto en el momento del peligro, como Manuel Argerich, el general Bartolomé Mitre, Mariano Billinghurst, León Walls, Belisario Roldán, Bartolomé Mitre y Vedia, y tantos otros. (*¡Muy bien!*)

Pero no solamente el liberalismo ha

figurado en primera fila en los momentos de peligro, sino que también en las obras de caridad son los elementos liberales, en la República Argentina y en todas partes del mundo, los que verdaderamente realizan obras de beneficencia.

Precisamente, se ha acusado á la Iglesia de haber desviado la acción de los hombres del beneficio de sus semejantes, porque un espíritu exagerado de lucro en los miembros del clero, con muy honrosas excepciones, ha hecho que el dinero de los católicos, en lugar de concurrir al establecimiento de obras de beneficencia, de hospitales, escuelas, etc., etc., solo concorra al sostenimiento de la Iglesia y de los conventos. Esta afirmación ha sido hecha por un médico distinguido de la capital de la República, con motivo de una instalación en el hospital de niños, en presencia de cinco ó seis prelados argentinos.

Y este hecho es ilevantable. No hay más que dirigir una mirada á los pueblos de ideas religiosas contrarias á las predominantes en nuestro país, para ver dónde la beneficencia privada se ejerce mejor; porque es el mal de la religión, no de la religión fundada por Cristo, señor presidente, porque estoy yo también dentro de ella, sino por su desviación, por la degeneración de la religión de Cristo.

En esta religión desviada, se hace creer al creyente que se gana la vida eterna, que se lavan los pecados de esta vida, que se borran todas las infamias que puedan haberse cometido, con tal de que se obtenga del sacerdote la absolución y con tal de que se deje, en el testamento ó en cualquiera otra forma, dinero en beneficio de las iglesias. (*Risas*).

En las demás religiones, señor presidente, no sucede lo mismo. No hay medio de absolver: el sacerdote protestante, el evangelista, no pueden absolver, y no lo pueden hacer porque Cristo dijo, según el evangelista San Juan, que entre él y los hombres no había ningún intermediario; que entre Cristo y el hombre no hay absolutamente nadie; que no es necesario el sacerdote para hablar con Dios; que no es necesario el sacerdote para reconciliarse con él, para modificar su conducta, para apreciar los malos actos que se haya cometido. Y tan cierto es esto, á pesar del movimiento de negación que apercibo á mi derecha, que Cristo calificó á aquellos

que hacían gran ostentación de su fervor religioso, á aque llos que acudían á los templos y á las plazas públicas demostrando que realmente querían estar reconciliados con él, de hipócritas, de fariseos... Porque les ha dicho: no necesitáis ir á los templos y á las plazas públicas, basta que en cualquier punto donde os encontréis elevéis á Él vuestro espíritu, y examinéis vuestra conciencia para ver si está limpia, si está pura.

Entonces, señor presidente, ¿para qué preocuparse de hacer el bien, si basta el arrepentimiento á última hora, si basta una buena cláusula en el testamento, si basta, aun en el caso de que por cualquier accidente en la vida no se haya tenido tiempo de reconciliarse, que se deje un heredero bastante religioso para que redima el alma del purgatorio! ¿Qué necesidad hay, pues, de hacer el bien en la tierra?

Es precisamente esta acción del clero la que perjudica la verdadera religión. Deseo que el sacerdote, como lo ha manifestado el señor diputado por Santa Fe, vaya efectivamente al campo de batalla: lo desearía para bien de la Iglesia y bien del país. Desearía que él viera allí esos cuadros de espanto y de horror; que él oyera los lamentos de los moribundos; que él conociera cuánto estrago hace en lo moral y en lo físico la guerra; que se formara la convicción de que realmente su misión debe ser una misión de paz en todos los ámbitos de la tierra, y que en todos los pulpitos no se oyeran sino palabras de concordia, palabras de amor, las palabras evangélicas de Cristo!

Entonces, señor presidente, desaparecería la guerra!

Pero hoy no se oyen sino palabras de odio, palabras de anatema, palabras de excomunión, palabras que levantan á los hombres los unos contra los otros, que dividen á la sociedad en bandos; su acción es más funesta todavía, pues no sólo divide á los hombres, sino al esposo de la esposa, al hijo de la madre, al hermano de la hermana, sembrando la discordia en todas partes, haciendo que la hija mire con horror al padre, como un hereje, porque no está sometido á la férula de la Iglesia! (*Muy bien!*)

Que los sacerdotes compartan con todos los argentinos las alegrías y los pesares; que se constituyan en lo que deben ser, en lo que ha querido Cristo que fuesen: un oráculo de paz, un

oráculo de amor; y que adquieran la ilustración necesaria para poder ejercer su misión en nuestra época; porque hoy ya no es posible dirigir sociedades ni ejercer influencia moral con las teorías de antaño; no es posible hacer creer á las sociedades, modernas, para dirigir las hacia el bien, que se pueden redimir almas del purgatorio, que los cementerios pueden dividirse, como sucede en Bolivia!

Sr. Iriando (M.)—Pido la palabra, para hacer una moción de orden...

Sr. Gouchon—Yo tengo la palabra.

Sr. Iriando (M.)—Es para llamarlo á la cuestión; son las siete de la noche, estamos con la mejor voluntad para sancionar esta ley y no podemos permitir estas digresiones fuera del reglamento y fuera de la cuestión.

Sr. Gouchon—Tenga paciencia el señor diputado... que ya voy á terminar.

Sr. Iriando (M.)—Tengo paciencia y tengo que hacer; las cosas que dice el señor diputado no valen la pena...

Sr. Presidente—Me veo en el caso de consultar á la cámara...

Sr. Gouchon—No hay necesidad; voy á concluir.

Sr. Presidente—Tengo que consultar á la cámara.

Sr. Iriando (M.)—Pido que recaiga una votación; no tengo ningún temor por el resultado, porque creo que estoy dentro del reglamento.

—Se vota si el orador está fuera de la cuestión y resulta negativa. (Aplausos.)

Sr. Gouchon—Bien, señor presidente: ya que el señor diputado ha demostrado esa intolerancia...

Sr. Iriando (M.)—No, señor diputado! se ha demostrado tanta tolerancia, que se ha permitido que el señor diputado, en términos que no conciden con la cultura de la cámara, haga apreciaciones que están reñidas con las ideas de muchos de los señores diputados aquí presentes!

Sr. Gouchon—Le rogaría que dijera qué términos he empleado.

Sr. Iriando (M.)—¡Sí, señor diputado! reñidos con las creencias de los demás!

Sr. Gouchon—Estaba tan en la cuestión, que no hacía sino contestar las palabras del señor diputado por Santa

excéptico y enemigo de la religión, y yo quiero demostrar que no soy enemigo de la religión, y que, al contrario, estoy más próximo de ella que los que hacen alarde de servirla!

Sr. Iriando (M.)—¡No se discute eso!

Sr. Gouchon—Yo me he inspirado, he bebido en los libros fundamentales; yo estoy dentro del Evangelio, y estoy con las ideas de los más eminentes hombres de la iglesia católica, que han combatido lo mismo que yo combatí, el mismo procedimiento que yo censuro, porque es perjudicial á la acción de la religión como fuerza moral de la sociedad!

Me bastaría citar las conclusiones á que han llegado varias autoridades de la Iglesia.

Podría decir al señor diputado que el cuarto concilio de Toledo, en el siglo VII...

Sr. Iriando (M.)—El señor diputado no tiene por qué estar dirigiéndose á mí; debe dirigirse á la presidencia. Tengo tolerancia, porque lo que se discute es el proyecto militar, y el señor diputado está abusando de la tolerancia de la presidencia y de la cámara, trayendo cuestiones que no son del caso.

Sr. Presidente—Ruego al señor diputado por Buenos Aires que no interrumpa, y al señor diputado por la capital le ruego que se dirija á la presidencia.

Sr. Gouchon—Tiene razón el señor diputado y espero que me perdonará.

Sr. Iriando (M.)—No tiene por qué tomarme de mingo.

Sr. Gouchon—El cuarto concilio de Toledo, del siglo VII, estableció que la concupiscencia es la raíz de todos los males, y que ha llegado hasta el corazón de los sacerdotes. La opinión de San Justino no la cito, porque es demasiado fuerte. San Cipriano ha dicho que los sacerdotes abusan de las limosnas para sus placeres. Los sacerdotes, dice San Hilario, devoran al pueblo. San Basilio, dice que los sacerdotes emplean en objetos profanos los bienes de los pobres. San Gregorio ha dicho: «La iglesia ha perdido en virtud de lo que ha ganado en riqueza.»

Y bien, señor presidente, yo no voy á continuar. Me parece que he dicho lo suficiente para demostrar que no hay intransigencia de mi parte. Creo que debemos aceptar el temperamento que ha propuesto el señor diputado por

Santa Fe, que reclama para los monjes y el clero secular un puesto en el ejército... pero debe ser un puesto de verdad, y entonces debemos suprimir el inciso g. Así, el señor ministro de la guerra ó el jefe de las fuerzas sabrá qué colocación, qué empleo ha de dar á estos hombres en el ejército. Porque no es posible que se diga á la faz del pueblo de la República, que los sacerdotes quieren formar parte del ejército, y que el parlamento les neiga ese derecho. Debemos acompañarlo en ese sentido.

El señor diputado por Santa Fe en su discurso afirmó que quiere un puesto en el ejército para él y para sus hermanos. Su proyecto dice lo contrario; entonces voy á votar en contra de todo el inciso g.

Sr. Lacasa—Pido la palabra.

Hago moción para que se cierre el debate.

—Apoyada, se vota y aprueba esta moción.

Sr. Presidente—Se votará el inciso en discusión.

Sr. Fonrouge—Que se voten por su orden: primeramente el despacho de la comisión.

Sr. Claros—Que se vote por partes.

—Se vota por partes el inciso, y es aceptado con excepción de las palabras «y seminaristas».

Sr. Ministro de la guerra—Como consecuencia de la votación acerca de los seminaristas, el agregado que he propuesto no tiene ya objeto.

Sr. Presidente—Queda entonces retirado.

Sr. Romero—Debe votarse el artículo propuesto por mí.

—Se vota, y resulta negativa.

Sr. Ministro de la guerra—Debería ahora votarse esta parte del artículo:

«En caso de guerra, el poder ejecutivo podrá emplear los miembros del clero...»

Varios señores diputados—Está rechazado eso!

Sr. Presidente—Queda retirado ese artículo.

—No habiendo sido observado el resto del título, queda aprobado.

—Se da por aprobado el título XII: «Juntas de excepciones».

—En discusión el título XIII: «Penalidades».

Sr. Secretario Sorondo—Aquí vendría el artículo propuesto por el señor diputado Carlés, que dice: «Merecerán los que tomen participación directa ó indirecta en política, las penas establecidas en el capítulo II, título 2, sección 2, libro 2 del código penal militar.

Sr. Presidente—No siendo observado el resto del título, queda aprobado. Y está en discusión el artículo propuesto por el señor diputado Carlés.

Sr. Coronado—Y aceptado por la comisión.

—No haciéndose uso de la palabra, se vota y es aprobado.

—En discusión el título XIV. «Tasa militar.»

Sr. Secretario Sorondo—En el artículo 116 hay un error: en vez de 41 años debe ser 45. En el inciso 2, donde dice valor de diez pesos, debe decir de doce pesos; en el 3, donde dice 30 años debe decir 40, y en vez de cinco pesos, seis. En el artículo 125, en vez de 50 %, debe decir 40 %, y al final este agregado: «y el 20 % restante al montepío militar para contribuir á los retiros creados por la presente ley para la formación de suboficiales, sargentos y cabos.»

—Se aprueba el título en discusión con las correcciones indicadas.

—Se da por aprobado el título XV: «División regional.»

—En discusión el título XVI «Disposiciones transitorias.»

Sr. Secretario Sorondo—Entre los artículos 131 y 132 los dos nuevos siguientes:

«Art. 131 *bis a*) Los distinguidos y clases actuales del ejército permanente menores de 28 años, y cuyas aptitudes militares, conducta intachable é inteligencia los hagan dignos de aspirar á ser suboficiales del ejército, serán admitidos hasta quince meses después de promulgada la presente ley, en la escuela de aplicación de clases, y si satisfacen completamente todas las condiciones del examen teórico práctico, determinado por el poder ejecutivo, egresarán de la escuela: los soldados distinguidos como cabos segundos; los cabos; como cabos primeros; y los sargentos segundos y primeros como sargentos. Pero para los efectos de las recompensas establecidas para las clases en el título X de la presente ley, solo se les computará la mitad del tiempo servido (servicio continuado) como

clase antes de su egreso de la escuela de aplicación de clases.

b) Los actuales sargentos primeros y segundos egresados como sargentos de la escuela de aplicación de clases, cualquiera que sea su antigüedad anterior, no podrán ser ascendidos á suboficiales sino un año después de dicho egreso los primeros y dos años después los segundos.

c) Los distinguidos y clases que acogiendo al artículo 131 que antecede, hubieran preferido prepararse para el examen de oficiales y no hubieran satisfecho á éste, no podrán pretender ser conservadas como clases en el ejército permanente sino después de someterse y rendir satisfactoriamente los exámenes teórico prácticos prescritos en el § a que antecede.

Art. 131. 2 bis. Los distinguidos y clases actualmente existentes en el ejército que no hubiesen satisfecho á las condiciones exigidas por el § a del artículo 131 para ser reconocidos como clases, se retirarán del ejército sin ningún derecho á invocar sus servicios anteriores para pretender las ventajas acordadas á las clases por la presente ley. Sólo aquellos que tuviesen más de 15 años de servicios computados, tendrán los derechos de retiro que les acuerda la ley número 3239.

Art. El poder ejecutivo queda autorizado á conservar en las filas del ejército permanente á los contratados á prima y voluntarios actualmente en servicio, hasta que vayan siendo reemplazados por las clases y voluntarios reclutados de acuerdo con las prescripciones de la presente ley.»

Sr. Garzón—Pido la palabra.

Necesito que la comisión ó el señor ministro me indiquen qué es lo que en adelante se va á entender por suboficiales en el ejército, para poder darme cuenta del alcance del artículo 131, bis a.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Está dicho en la ley. Es una nueva categoría que se crea entre los oficiales y los sargentos, con el objeto de hacer de ella el elemento útil para la disciplina é instrucción de las compañías, escuadrones y baterías, como he tenido ocasión de explicarlo largamente cuando se trató de la ley en general.

Sr. Garzón—Pido la palabra.

Pedia esta explicación, porque la palabra suboficial no era conocida antes en el ejército, existían las clases que comprende los cabos y sargentos,—de

suerte que los suboficiales no pueden ser oficiales; había también los aspirantes á oficiales, que son los alumnos del colegio militar de la nación. Y esos jóvenes que se educan en ese colegio, son sometidos á exámenes rigurosos, y una vez que hayan rendidos esos exámenes, recién pueden entrar en calidad de oficiales con el grado más inferior, con el de alférez. Ahora veo que aquí se habla de suboficiales, es decir, superiores á cabos y sargentos, pero no pueden alcanzar á ser alféreces, porque para ser alféreces deben siempre salir en adelante del colegio militar, y sin eso sería inútil completamente exigir á esos jóvenes que cursen cuatro años allí y se sometan á todos los exámenes; no es admisible que por un decreto ó por una ley del congreso, más tarde, cuando ellos han llenado todas esas condiciones vengán á tener adelante en antigüedad á una cantidad de jóvenes que han estado en el ejército, que habrán prestado servicios quizá muy buenos, pero que no han sufrido esos exámenes rigurosos á que han sido sometidos estos otros. Y si esos jóvenes aspirantes que hay en los cuerpos, bien preparados, quieren ser oficiales, nada más sencillo que vayan al colegio militar y rindan todos sus exámenes, y entonces podrán llegar á serlo.

Porque aquí en el párrafo c, se dice lo siguiente: «Los distinguidos y clases que acogiendo al artículo 131 que antecede, hubieran preferido prepararse para el examen de oficiales y no hubieran satisfecho á éste, no podrán pretender ser conservados como clases en el ejército permanente, sino después de someterse y rendir satisfactoriamente los exámenes teórico prácticos prescritos en el § a que antecede.»

Es decir, que estos distinguidos son clases que pueden aspirar á ser oficiales, sin haber cursado todas las materias del colegio militar; porque si las han cursado, ya entonces tienen derecho á rendir sus exámenes y ser oficiales. Encuentro contradicción en la ley; según una disposición, los suboficiales no pueden ser oficiales sino en caso de guerra; y cómo explicar entonces que los inferiores en categoría puedan aspirar á oficiales preparando un examen?

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Sr. Garzón—Sobre esto es que quería una explicación, para saber si debo votar ó no por el inciso, porque he de estar en

contra de toda disposición que se dicte para hacer oficiales por un decreto, poniendo á la derecha de los que salen del colegio militar, á otros jóvenes que no han llenado esas condiciones; no he de aceptar que se repita lo que se ha hecho alguna vez en este congreso, que por una ley se ha declarado 200 ó 300 incorporados á una profesión científica poniéndolos en las mismas condiciones de los que han tenido que estudiar veinte años para obtener un diploma.

Por estas consideraciones, he de votar en contra de ese procedimiento, si no se demuestra que no hay la contradicción indicada.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Había pedido la palabra porque quería evitarle al señor diputado por Córdoba la exposición que ha hecho, porque se encuentra aquí en la misma ley indicado cuál es el propósito que ha guiado al poder ejecutivo á crear estos suboficiales. Dice: «Los suboficiales constituyen una categoría especial entre las clases, siendo intermediarios entre éstas y los oficiales... (por consiguiente, no son oficiales), pero sin que puedan en ningún caso ascender á oficiales en tiempo de paz...» Queda más comprobado aún que no son oficiales. «En tiempo de guerra, podrá excepcionalmente ser ascendido un suboficial á oficial, cuando realice una acción heroica, etc.» (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Sr. Presidente—Habiendo artículos nuevos, se votará el título con los artículos, si algún diputado no pide que se vote por partes.

Sr. Torino—Pido la palabra.

Es para hacer una pequeña aclaración al último artículo de los nuevamente propuestos.

Yo estoy conforme con su contenido, pero me parece que sus términos son confusos.

Aquí se autoriza al poder ejecutivo para retener á los contratados actuales por un tiempo mayor que el de su contrato, lo que me parece que es una disposición ilegal é inconstitucional.

Lo que quiere decir el artículo es que mientras las nuevas clases que por esta ley se crean vayan ocupando sus puestos en el ejército, queda autorizado el poder ejecutivo para mantener igual número de contratados que los que actualmente tiene; pero no los mismos contratados, porque pueden concluir su contrato dentro de uno ó dos meses, no siendo lícito retenerlos contra su voluntad; y sin embargo, eso se desprende del artículo, tal como está redactado.

Por eso yo propongo esta otra forma:

«El poder ejecutivo queda autorizado á conservar en las filas del ejército permanente el mismo número de contratados á prima ó voluntarios actualmente en servicio.»

Agregar las palabras «el mismo número», porque sin ese agregado el artículo dice claramente que el poder ejecutivo retendrá á los que están ahora sirviendo, aunque hayan cumplido sus contratos.

Sr. Ministro de la guerra—No me opongo; solamente que en vez de poner «el mismo número», se ponga «hasta el número», porque los vamos disminuyendo.

Sr. Torino—Perfectamente.

—Se vota el título XVI con los artículos nuevos propuestos y las modificaciones aceptadas por el señor ministro de la guerra, y resulta afirmativa.

Sr. Presidente—Queda sancionado el proyecto.

—Se levanta la sesión.

—Son las 7 y 5 p. m.